

que no tienen mas que la cabeza de águila; los jesuitas por el contrario se fueron sosteniendo y perfeccionando hasta el último instante. La destrucción de esta orden causó un mal irreparable á la educacion y á las letras; ahora es cuando principalmente se conoce. Mas segun la interesante reflexion de un historiador: ¿Quis beneficiarum servat memoriam? ¿aut quis ullam calamitatis debere putat gratiam? ¿aut quando fortuna non matat fidem?

En el siglo de Luis XIV (siglo que produjo todas las grandezas de la Francia) fue cuando el sistema de aducacion para ambos sexos llegó á su mayor grado de perfeccion. Con asombro se recuerda aquel tiempo en que de las escuelas cristianas vió la naciou salir Racine, Moliere, Monfaucon, Sevigné, La Fayette y Dacier; aquellos tiempos en que el cantor de Antiope daba lecciones á las esposas de los hombres, en que los PP. Hardouin y Jouvency explicaban la hermosa antigüedad, en tanto que los talentos de Port-Royal escribian para los estudiantes de sexto año, y el Gran Bossuet explicaba doctrina á los niños.

Rollin apareció de allí á poco al frente de la universidad, ese hombre sabio, considerado hoy como un pedante de colegio, lleno de ridiculeces y preocupaciones, y que sin embargo es uno de los primeros escritores franceses que ha hablado con elogios de un filósofo inglés. «Me valdré con frecuencia (dice en su «Tratado de Estudios) de dos autores modernos que son Mr. de Fenelon, arzobispo de Cambrai, y monseur Locke, inglés, cuyos escritos en esta materia son justamente muy apreciados. Este último tiene algunas ideas particulares, que yo no quisiera adoptar en todas ocasiones. Ignoro por otra parte si estaba bien versado en el conocimiento del idioma griego y en el estudio de las bellas letras: de ambas cosas parece que hace muy poco caso.»

En efecto, en la obra de Locke sobre la educacion, es en donde puede fijarse la fecha de esas opiniones sistemáticas que aspiran á convertir los niños en héroes de novela ó de filosofía.

El Emilio, que ostenta esas opiniones desgraciadamente consagradas por un gran talento, y algunas veces por una alta elocuencia, es apreciado en la actualidad como libro práctico, bajo cuyo concepto no hay libro elemental para la infancia que no sea preferible: asi lo han conocido por último, y una mujer célebre ha publicado en nuestros dias, preceptos acerca de la educacion, mucho mas sanos y útiles. Un hombre cuyo talento se ha madurado entre las tempestades de la revolucion, acaba de destruir ahora los principios de una falsa filosofía, volviendo á establecer la educacion sobre bases morales y religiosas. El tercer tomo de la Legislacion primitiva está consagrado á ese importante asunto; vamos á dar una idea de ese libro segun lo hemos prometido á nuestros lectores.

Comienza Mr. de Bonald sentando el principio de que el hombre nace ignorante y débil, pero capaz de aprender. «Bien diferente del bruto, el hombre (son sus propias expresiones) nace perfectible, y el animal perfecto.»

¿Qué es lo que conviene enseñar al hombre? Todo lo que es bueno, es decir, todo que es necesario á la conservacion de los seres.

¿Cuál es el medio general de esa conservacion? La sociedad.

¿Cómo expresa la sociedad sus relaciones? Por medio de voluntades que se llaman leyes.

Por consiguiente las leyes son voluntades, de donde resultan para los miembros de la sociedad acciones llamadas deberes.

Por lo tanto, la educacion propiamente dicha es la enseñanza de las leyes y de los deberes de la sociedad.

El hombre bajo el punto de vista de la religion ó de la política, pertenece á una sociedad doméstica ó á

una sociedad pública. Hay por esa razon dos sistemas de educacion, á saber:

La doméstica, que es la que recibe el niño en la casa paterna, y cuyo fin es formar el hombre para la familia é instruirlo en los elementos de la religion.

La pública, que es la que los niños reciben del Estado en los establecimientos públicos con objeto de formar el hombre para la sociedad pública y para los deberes religiosos y políticos que impone.

La educacion en su principio debe ser esencialmente religiosa. Al tratarse de esta materia Mr. de Bonald, combate vigorosamente al autor del Emilio. Decir que no se debe dar á la niñez ningun principio religioso es uno de los mas funestos errores que en ningun tiempo ha podido la filosofía defender. El autor de la Legislacion primitiva, cita el espantoso ejemplo de setenta y cinco niños menores de diez y seis años sentenciados á penas correccionales, en el espacio de cinco meses por raterias, robos y atentados contra las costumbres. Mr. Escipion Bexon, vice presidente del tribunal de primera instancia del departamento del Sena, á quien se debe la noticia de ese hecho, añade en su informe que «mas de la mitad de los robos que se han ejecutado en Paris han sido cometidos por niños.»

«Inculquen los establecimientos públicos, dice Mr. Necker en su Curso moral religiosa, sólida instrucción elemental por lo concerniente á la moral y á la religion.»

La indeferencia de la sociedad en esta materia haria pesar sobre ella algun dia la responsabilidad de los extravíos que tendria que castigar. Espántase la conciencia al pensar que un jóven interrogado por el tribunal obligado á imponerle una pena afflictiva podria contestar? «¿Nadie me ha dado lecciones para instruirme en la virtud! dedicáronme desde mi mas tierna infancia á trabajos mercenarios; lanzáronme en medio del mundo sin haber antes procurado grabar en mi corazon ó en mi memoria, un solo precepto que trazara mi conducta. Cierto es que he oido hablar de libertad y de igualdad; pero nadie me ha enseñado mis deberes para con los demás hombres, ni de la autoridad religiosa que me habria sometido á la práctica de esos deberes: me han dejado crecer sin cultivo como un hijo de la naturaleza y ahora quieren juzgarme por leyes que el espíritu social ha compuesto. ¿Será una sentencia de muerte mi primera leccion acerca de los deberes de la vida?» Tales son las terribles palabras con que un jóven podria replicar al tribunal que le notificara su sentencia.

Por de pronto Mr. de Bonald quiere que en la educacion doméstica se desechen todas esas costumbres inglesas, americanas y filosóficas, inventadas por el espíritu de sistema y sostenidas por la moda.

«Vestidos ligeros, la cabeza descubierta, un lecho duro, sobriedad y ejercicios, privaciones mas bien que goces; en una palabra, casi siempre lo que cuesta menos, es en toda ocasion lo que mas conviene, y la naturaleza no emplea ni tantos gastos, ni tantos cuidados para levantar ese débil edificio que no ha de durar mas que un instante y que un soplo puede derribar.»

Luego aconseja el restablecimiento de las corporaciones, «que el gobierno debe en concepto del autor considerar como educacion doméstica de los hijos del pueblo. Esas corporaciones en que la religion por medio de sus prácticas daba firmezas á los reglamentos de la autoridad civil, presentaban entre otras ventajas la de enfrenar por el deber algo duro de los maestros á una juventud grosera, que la necesidad de vivir sustrae acaso demasiado pronto del poder paternal, y que en su oscuridad se oculta fácilmente de la vigilancia del poder político.»

Esto es hacerse cargo de las cuestiones como legis-

lador, mas bien que como economista, elevándolas á una altura á que otros muchos escritores no han sabido llegar.

Tratando en seguida de la educacion pública, demuestra como Quintiliano la insuficiencia de la educacion en particular, y la necesidad de la educacion dada colectivamente. Despues de haber hablado de los sitios en que deben establecerse los colegios, y fijar el número de algunos que cada uno debe contener, examina la gran cuestion sobre los profesores, expresándose en estos términos:

«Es preciso que la educacion sea perpétua, universal y uniforme, por consiguiente, el profesor debe tener las mismas condiciones; es preciso que haya un cuerpo de profesores, pues fuera de un cuerpo no puede existir perpetuidad, ni generalidad, ni uniformidad.»

«Ese cuerpo (supuesta la necesidad de que exista) encargado de la educacion pública, no puede ser puramente seglar, pues en tal caso, ¿dónde estaria el vínculo que asegurara su perpetuidad, y por consiguiente su uniformidad? ¿Estaria ese vínculo en el interés personal? Sabido es que los profesores seglares tendrian ó podrian tener una familia; por lo tanto pertenecerian á esa familia mas bien que al Estado, á sus hijos mas bien que á los agenos, y á su interés personal mas bien que al interés público; porque el amor de sí mismo, del cual se pretende formar el vínculo universal, es y será siempre enemigo mortal del amor del prójimo.»

«Si los profesores públicos aun siendo seglares permanecen solteros tampoco pueden formar cuerpo entre sí, porque su agregacion fortuita no será mas que una sucesion continua de individuos que entrarán en él para vivir, y saldrán para establecerse. Por otra parte ¿quién se atreverá á entregar sus hijos á unos hombres solteros, cuyas costumbres no estarán garantizadas por una disciplina religiosa? Si son casados ¿cómo podrá el gobierno asegurar á unas personas cargadas de familia, y animadas de una justa ambicion de fortuna, y mas capaces de poder aspirar á ella que el resto de los ciudadanos, como podrá el Estado repetirlos, asegurarles un establecimiento que pueda quitarles la idea de otra especulacion mas lucrativa? Si atendiendo á la economía los reune el gobierno bajo un mismo techo con sus mujeres ó hijos, no será posible que reina concordia y si les permite vivir en separacion, los gastos llegarían á ser incalculables.»

«Hombres instruidos no querran someter su inteligencia á reglas que al fin llegarán á ser rutinarias, ni á métodos de enseñanza que les parecerán defectuosos; hombres ambiciosos y llenos de necesidades desearán enriquecerse y si son padres de familia se olvidarán de los cuidados que deben emplear en obsequio del público, para atender á los de su familia. El Estado puede estar seguro de no tener en sus establecimientos de educacion mas que unos hombres que no serán á propósito para ninguna otra profesion, unos malas cabezas, como podria decirse si se recordara que los instrumentos mas activos de los desórdenes en Paris, han sido esos profesores legos agregados á los colegios, que en sus ideas clásicas han sido el Forum de Roma en la asamblea de sus sesiones, y han creído ser oradores encargados de los destinos de la república, cuando no eran mas que unos embrollones henchidos de orgullo, y llenos de impaciencia por salir de su condicion. Preciso es por consiguiente un cuerpo que no pueda disolverse; un cuerpo en que se obedezca á una regla comun, haciéndole el sacrificio de sus opiniones personales; un cuerpo que no tenga mas que un fondo comun de interés que absorba todas las ambiciones individuales, y que no componga mas que una familia comun del Estado, á la cual pongan los profesores sus

familias personales. ¿Pero qué otra fuerza que la de la religion, que otros compromisos que los que ella consagra pueden unir hombres por medio de deberes tan austeros, ni imponerles sacrificios tan penosos?»

La vigorosa lógica de ese fragmento no puede pasar desapercibida de ningun lector. Mr. de Bonald apura el argumento de una manera que no deja réplica á sus adversarios. Solo podrian hacerle objeciones las universidades protestantes; pero tambien podria responder que los profesores de esas universidades, no obstante ser casados, son ministros ó sacerdotes: que esas universidades son unas fundaciones cristianas, cuyas rentas y fondos son independientes del gobierno, y sobre todo que los desórdenes que en ellas suelen ocurrir, llegan á ser tales, que los padres que tienen sensatez temen enviar á ellas sus hijos. Todo esto cambia absolutamente el estado de la cuestion y en último resultado sirve para confirmar el raciocinio del autor.

No ocupándose Mr. de Bonald mas que de plantear las bases, no descende á dar advertencias particulares á los profesores. Esas advertencias se encuentran en los escritos del buen Rollin. Solo el epigrafe de esos escritos inspira amor hácia aquel hombre excelente. Hé aquí algunos: Adquirir autoridad sobre los niños. Hacerse amar y temer. Inconvenientes y peligros de los castigos. Hablar razonablemente á los niños. Estimularlos con el honor. Hacer uso de alabanzas, de premios y de caricias. Hacer que el estudio sea amable. Conceder reposo y recreacion á los niños. Piedad religion, celo por la salvacion de los niños. Este es el epigrafe bajo el cual se leen estas palabras que hacen casi derramar lágrimas de ternura.

«¿Qué viene á ser un maestro cristiano encargado de la educacion de los niños? Un hombre entre cuyas manos ha reunido Jesucristo cierto número de niños, que ha rescatado con su sangre, y por los cuales ha dado su vida; en quienes habia como en su casa y en su templo, y que les considera como miembros suyos, como hermanos y coherederos, de los cuales quiere hacer otros tantos reyes y sacerdotes que reinarán y servirán á Dios con él y por él durante toda la eternidad. Dios le ha confiado esos niños al maestro á fin de que conserve en ellos el precioso é inestimable depósito de la inocencia. ¿Cuál no será, pues, la sublimidad, la nobleza que tan honrosa comision ha de adjudicarse á todos las funciones del profesorado.»

«Un buen maestro debe aplicarse esas palabras que Dios hacia constantemente resonar en los oídos de Moisés, del conductor de su pueblo: Llevadlos en vuestro seno, como acostumbra la nodriza llevar su párbulo: Porta eos in sinu teo sicut portare solet infantulum.»

De los maestros pasa Mr. de Bonald á los discípulos. Quiere que se les ocupe principalmente en el estudio de los idiomas antiguos, que abren á los niños los tesoros de lo pasado, y esplayan su espíritu y su corazon en magníficos recuerdos y grandes ejemplos. Clama contra esa educacion filosófica, «que segun dice el autor, embaraza la memoria de los niños con vanas nomenclaturas de minerales, y plantas que limitan su inteligencia, etc.»

Debe ser grato encontrarse en uniformidad de pensamientos y opiniones con un hombre como Mr. de Bonald. Nosotros hemos tenido la dicha de ser uno de los primeros en atacar esa peligrosa manía de nuestro siglo. Nadie, tal vez, siente mas que nosotros el encanto de la Historia natural; pero ¿qué abuso no se hace de ella, tanto respecto de la manera de estudiarse como en lo relativo á las consecuencias que de ella se quieren sacar! La Historia natural, propiamente dicha, no puede ni debe ser mas que una serie de cuadros, como en la naturaleza. Buffon manifestó un soberano desprecio por las clasificaciones que denomi-

nó escaramuzas para llegar á la ciencia, pero que no son la ciencia. Sobre los demás peligros que arrastra en pos de sí el estudio exclusivo de las ciencias, como que tienen una relacion inmediata con el vicio original del hombre, alimentan el orgullo mucho mas que las letras. «Descartes creia, dice el sabio autor de su vida, que era peligroso aplicarse con demasiada seriedad á esas demostraciones superficiales que la industria y la experiencia suministran menos frecuentemente que la casualidad. Opinaba que semejante aplicacion nos quita insensiblemente la costumbre de recurrir al uso de nuestra razon, y nos expone á perder el camino que la luz nos traza.» Pueden añadirse á esa opinion las siguientes palabras de Locke: *Obstinados en el loco pensamiento de que nada hay superior al alcance de nuestra comprension* (1).

¿Quereis enseñar historia natural á los niños sin desecar su corazon y marchitar su inocencia? Poned en sus manos el comentario del Génesis por Mr. de Luc, ó la obra citada por Rollin en el libro de sus *Estudios* intitulado *Filosofía*. Pero ¿qué filosofía y que poco parecida á la nuestra! Citemos el primer fragmento que nos presente la casualidad:

«¿Qué arquitecto ha enseñado á las aves á construir un sitio estable y á edificar sobre un fundamento sólido? ¿Qué tierna madre les ha aconsejado cubrir su fondo con materias blandas, y delicadas como plumas y algodón? Cuando faltan esas materias ¿quién les ha sugerido la ingeniosa caridad de arrancarse á sí mismas con el pico las plumas necesarias para preparar una cómoda cuna á sus polluelos?»

«¿Habreis reunido, oh Señor, tantos milagros para las aves que no los comprenden? ¿Será para los hombres que no piensan en ellos? ¿O para los curiosos que se contentan con admirarlos sin remontarse hasta su autor? ¿No es evidente que vuestro designio ha sido el darnos con ese espectáculo ocasion de elevar á Vos nuestro pensamiento, hacernos sensibles á vuestra providencia y vuestra sabiduría infinita, y llenarnos de confianza en vuestra bondad tan atenta y solícita hasta por unas aves, cuya pareja no vale mas que un óbolo?»

Solo los *Estudios de la Naturaleza*, de Mr. Bernardino de Saint-Pierre, son los que pueden ofrecer pinturas tan religiosas y tan interesantes. La mas hermosa página de Buffon, no iguala tan vez á la tierna elocuencia de ese pensamiento cristiano: *Habreis reunido, oh Señor, etc.*

Hallábase hace algun tiempo un extranjero en cierta sociedad, donde se hablaba del hijo de la casa que aun no tenia mas que seis ó siete años de edad, como de un prodigio. No tardó en oírse un gran estrépito; abriéronse las puertas del salon, y apareció el pequeño doctor con los brazos desnudos, el pecho descubierto, vestido en fin, como un mono que va á enseñarse en la feria. Presentóse arrastrando los pies, mirando con desvergüenza, molestando á todo el mundo con preguntas, y tuteando sin distincion de sexo ni edad. Colocáronlo con toda la comodidad posible en medio de la atónita asamblea, y le preguntaron: ¿Qué es hombre? A esta pregunta que un maestro le hizo con toda gravedad, contestó: Es un animal *mamífero*, que tiene cuatro extremidades, de las cuales dos se terminan en manos.—¿Hay otros animales de su clase?—Sí: los murciélagos y los monos. La asamblea prorumpió en exclamaciones de admiracion. El extranjero se volvió hácia nosotros y nos dijo bruscamente: «Si tuviera un hijo que supiese tales cosas, le estaria dando á despecho de las lágrimas de su madre, latigazos hasta que las olvidara.» No puedo apartar de la memoria las palabras de nuestro Enrique IV. *Querida mia*, solia decir á su

«esposa, lloras porque pego á nuestro hijo? Ten entendido que es por su bien; la pena que te causa te ahorrará otras muchas andando el tiempo.»

Esos pequeños naturalistas que no saben una palabra de su religion ni de sus deberes, son personajes insonortables al llegar á los quince años. Siendo ya hombres, sin ser hombres, van arrastrando su cuerpo enervado y su pálida frente por los círculos de París, hablando como maestros, teniendo una *opinion propia* en moral y en política, fallando acerca del bien y del mal, emitiendo su opinion acerca de la hermosura de las mujeres, la bondad de los libros, del teatro, del baile; viéndose bailar ellos mismos con admiracion, picándose de estar ya *fastidiados* de sus triunfos, y lo que todavia es mas horrible y ridículo, recurriendo alguna vez al suicidio.

¡Ah! No son estos, por cierto, los niños de otro tiempo, que los padres enviaban á buscar todos los jueves al colegio. Aquellos se presentaban con vestidos sencillos y modestamente abrochados; avanzaban con timidez entre el círculo de la familia, ruborizándose cuando se les hablaba, bajando la vista, saludando con torpeza, si se quiere, pero tomando realce de su sencillez y de su inocencia, y sin embargo, el corazon de aquellos pobres niños, rebosando de alegría. ¿Qué delicioso no era para ellos un día pasado de esta manera bajo el lecho paterno, en medio de las complacencias de los criados, los abrazos de las hermanas, y los secretos regalos de la madre! Si se les proponia alguna cuestion relativa á sus estudios, si se les preguntaba: ¿Qué era el hombre? no contestaban que es un animal mamífero colocado entre los murciélagos y los monos, porque ignoraban esas importantes verdades; pero con arreglo á lo que habian aprendido en Bossuet ó Fenelon, decian, que Dios ha creado al hombre para que le ame y sirva; que el hombre tiene una alma inmortal; que será castigado ó recompensado en la otra vida, segun sus buenas ó malas acciones; que los niños deben respetar á sus padres, y finalmente, todas esas verdades del Catecismo que causan compasion á la filosofía. Apoyaban esa historia natural del hombre con algunos pasajes famosos en versos griegos ó latinos tomados de Homero y de Virgilio, y esas hermosas citas del genio de la antigüedad, estaban bastante en armonía con los genios no menos antiguos del autor del *Telemaco* y del de la *Historia Universal*.

Pero tiempo es ya de pasar al resumen general de la *Legislacion primitiva*. Las bases en que Mr. de Bonald la planteó son las siguientes:

«Hay un Ser Supremo, ó una causa general.

«Este Ser Supremo es Dios. Su existencia se encuentra esencialmente demostrada por la palabra, que el hombre no hubiera podido combinar, y que por consiguiente le ha sido enseñada.

«La causa general, ó Dios ha producido un efecto igualmente general en el mundo, el hombre.

«Esos dos términos, causa y efecto, Dios y el hombre, tienen un término medio necesario, sin el cual no habria relacion entre ellos.

«Ese término medio necesario debe proporcionarse á la perfeccion de la causa y á la imperfeccion del efecto.

«¿Cuál es ese término medio? ¿Dónde estaba? Eso era, dice el autor, el grande enigma del universo.

«Estaba anunciado á un pueblo; debia ser conocido de otro.

«Asi lo ha sido al llegar el tiempo marcado. Antes de ese momento no eran conocidas las verdaderas relaciones del hombre con Dios, porque los seres no son conocidos por sí mismos sino por sus relaciones, y porque todo término medio ó toda relacion, faltaba entre el hombre y Dios.

«Habrá verdadero conocimiento de Dios y del hombre donde quiera que ese mediador será conocido, y

por el contrario ignorancia de Dios y del hombre, donde el mediador sea desconocido.

«Allí donde hay conocimiento de Dios y del hombre, y de su relacion natural, hay necesariamente buenas leyes, puesto que ellas no son mas que la expresion de las relaciones naturales; por consiguiente, la civilizacion será producto del conocimiento del mediador, asi como la barbarie del extremo contrario.

«Hay, por consiguiente, una civilizacion principiada en el pueblo hebreo y consumada en el pueblo cristiano. Los pueblos idólatras han sido *barbaros*.»

Esta palabra *barbaro*, es preciso entenderla en el sentido que el autor la aplica. Para él las artes no constituyen pueblo *civilizado*, sino pueblo *culto*. No atribuye civilizacion mas que á las leyes morales y políticas. Comprendese que todo esto, á pesar de estar muy bien encadenado, queda sujeto á grandes objeciones. Siempre será algo difícil admitir que un turco de nuestra época está mas *civilizado* que un ateniense del tiempo antiguo, porque tiene un *conocimiento confuso del mediador*. Los sistemas exclusivos que conducen á grandes cosas y á grandes descubrimientos, ofrecen inevitablemente algunos peligros y algunas partes débiles.

Una vez establecidos los tres términos primitivos, Mr. de Bonald los aplica al mundo social y al mundo moral, porque en efecto, esos tres términos, encierran el orden del universo. La *causa*, el *medio* y el *efecto*, se convierten para la sociedad, siendo considerados bajo ese punto de vista, en *ministro* y en *súbdito*.

«La sociedad es religiosa ó política, doméstica ó pública.

«El estado puramente doméstico de la sociedad política, se llama familia.

«El complemento de la sociedad religiosa ha consistido en hacer pasar el género humano al *deísmo* ó religion nacional de los hebreos, y de allí á la religion general de los cristianos.

«El perfeccionamiento de la sociedad política en Europa, ha consistido en hacer pasar los hombres del estado doméstico al estado público, y haber fijado los pueblos civilizados que componen la cristiandad.»

Debe notar el lector que al llegar á este pasaje deja el autor la parte sistemática, para entrar en una serie de principios los mas nuevos y fecundos.

«En todos los modos particulares de la sociedad, el poder quiere la sociedad, es decir, su conservacion; el ministro obra ejecutando la voluntad del poder. El súbdito es el objeto de la voluntad del poder, y el término de la accion de los ministros.

«El poder quiere; debe, por lo mismo, ser uno; los ministros ejecutan; deben ser muchos.»

Asi va llegando Mr. de Bonald á la base fundamental de su sistema político; base, que como acaba de verse, ha sido buscada en el mismo seno de Dios. En su concepto la monarquía ó la unidad del poder, es el único gobierno que se deriva de la esencia de las cosas, y de la soberanía del Omnipotente sobre la naturaleza. Toda forma política que se aleja de ese punto, conduce mas ó menos los pueblos hácia la infancia, ó hácia la barbarie de la sociedad.

En el segundo libro demuestra Mr. de Bonald la aplicacion á los estados particulares de la sociedad. Establece para la familia ó sociedad doméstica, diversas relaciones entre los amos y los criados, y entre los padres y los hijos. En la sociedad pública, declara que el poder público debe ser como el poder doméstico, cometido á Dios, único é independiente de los hombres, es decir, que debe ser único, masculino, propietario y perpétuo; pues sin unidad, sin estar en manos de varon, y sin propiedad, no puede haber verdadera independencia. Tambien examina el autor las atribuciones del poder, el estado de paz y de guerra, y el código de las leyes. Acorde con el título de

su obra, encierra todos esos asuntos en los elementos de la legislacion. Ha comprendido que es necesario recordar las nociones mas sencillas, cuando todos los principios sociales se hallan trastornados.

En el tratado del *Ministerio público* que sigue á los dos libros de principios, trata de demostrar por la historia de los tiempos modernos, y especialmente por la de Francia, la verdad de los principios que ha establecido.

«Al aparecer en el mundo, dice Mr. de Bonald, la verdad cristiana, llamó pastores y reyes á su cuna, y los homenajes primeros que de ellos recibió, anunciaron al universo que venia á arreglar las familias y los Estados; el hombre particular, y el hombre público.»

Trabóse lucha entre el cristianismo y la idolatría, y se derramó mucha sangre. La religion perdió sus mas generosos atletas; pero triunfó. Encerrada hasta ese momento en la familia ó sociedad doméstica, pasó al Estado y se hizo propietaria. A las pequeñas iglesias de Efeso y Tesalónica, sucedieron las grandes iglesias de las Galias y de la Germania. El Estado político se formó con el Estado religioso, ó mas bien dicho, fue constituido naturalmente por él. Formáronse las grandes monarquías de Europa con las grandes iglesias: la Iglesia tuvo su jefe, sus ministros y sus fieles, y el Estado político su rey, sus ministros y sus súbditos ó vasallos. Division de jurisdiccion, gerarquía en las funciones, naturaleza de las propiedades, todo, hasta las denominaciones, fue poco mas ó menos semejante en el ministerio religioso y en el ministerio político. La Iglesia se dividió en metrópolis, diócesis, etc.; el Estado en gobiernos ó ducados, distritos ó condados, etc. La Iglesia tuvo sus órdenes religiosos encargados de la educacion y del depósito de las ciencias, y el Estado sus órdenes militares encargadas de la defensa de la religion; en todas partes se fue el Estado levantando con la Iglesia; el torreon al lado del campanario; el magistrado al lado del sacerdote; el noble, ó sea el defensor del Estado, residia en la campiña; el religioso habitaba en los desiertos. No tardó el primer orden en alterarse, y por lo tanto se alteró simultáneamente en el orden político y religioso. El noble pasó á vivir en las ciudades que se iban engrandeciendo, y el sacerdote abandonó al mismo tiempo la soledad. La propiedad se desnaturalizó. Las invasiones de los normandos, los cambios de las razas reinantes, las cruzadas y las guerras de los reyes con los vasallos, hicieron pasar á manos del clero gran número de feudos, propiedad natural y exclusiva del orden político, y por el contrario los diezmos eclesiásticos, propiedad natural y exclusiva del orden clerical, pasaron á manos de la nobleza; este cambio produjo naturalmente el de los deberes tan íntimamente enlazados con la propiedad. El noble dió beneficios eclesiásticos, y alguna vez los declaró hereditarios en su familia. El sacerdote instituyó jueces, levantó tropas, y no faltó ocasion en que fue juez ó soldado. De manera que, al confundirse la propiedad, quedó alterado el espíritu de cada orden.

«Por último llegó la época de la gran revolucion religiosa; esta fue desde luego preparada en la Iglesia por la imprudente institucion de los órdenes mendicantes que la corte romana creyó deber oponer á un clero opulento y corrompido; mas esas órdenes no tardaron en ser objeto de sarcasmo por parte de una nacion elegante y espiritual como es la Francia. Al mismo tiempo que Roma establecia sus milicias, el Estado organizaba las suyas. Las Cruzadas y las usurpaciones de la corona habian empobrecido á la nobleza, y por lo tanto fue preciso recurrir á tropas asalariadas para atender á su defensa. La fuerza militar en tiempo de Carlos VII, pasó al *pueblo armado*, ó sea á las tropas asalariadas; la fuerza judicial en tiempo de Francisco I, pasó al *pueblo letrado*, por la venali-

(1) Entend, hum, lib. I, cap. III, art. 4.

dad de los empleados judiciales. La reforma en la Iglesia se dió la mano con las innovaciones del Estado. Los simples ciudadanos habían tomado el puesto de los magistrados constituidos en las funciones políticas; los simples fieles usurparon á los sacerdotes las funciones religiosas. Lutero atentó contra el sacerdocio público; Calvino lo reemplazó en la familia. Entró el popularismo en el Estado y el presbiterianismo en la Iglesia. El ministerio público pasó al pueblo en tanto que se abrogaba el soberano poder, y entonces fueron proclamados los dos dogmas correlativos á los dos estados, la democracia religiosa y la democracia política; el uno diciendo que la autoridad religiosa reside en la corporación de los fieles, y el otro que la soberanía política reside en la sambla de los ciudadanos.

«Con el cambio de principios vino el cambio de costumbres: los nobles dejaron la hermosa carrera de la judicatura para dedicarse exclusivamente al ejercicio de las armas. La licencia militar acabó de relajar los nudos de la moral; las mujeres llegaron á ejercer influencia en el ministerio público; el lujo se aclimató en la corte y en las ciudades; las delicias de las ciudades se antepusieron á las rudas tareas de la agricultura; á falta de consideración pensaron en obtener títulos; la nobleza se puso en venta al mismo tiempo que se estaba haciendo almoneda de los bienes de la Iglesia. Extinguiéronse los nombres ilustres; las primeras familias del Estado cayeron en la pobreza; el clero perdió su autoridad y su consideración, y por último, el filosofismo, surgiendo del fondo de aquel caos religioso y político, concluyó de dar al traste con la conmovida moral.»

Ese pasaje muy digno de atención, está tomado de la *Teoría del poder político y religioso*, obra prohibida por el Directorio, y de la cual no pudieron salvarse sino unos pocos ejemplares. De desear sería que se publicara un resumen de ese interesante libro, superior á la *Legislación primitiva*, y del cual este puede decirse que no es mas que un extracto. Entonces se vería de dónde salen todas esas ideas tan nuevas en política, que algunos escritores ostentan en la actualidad sin indicar siquiera el origen de donde las toman.

Por lo demás, nos gloriamos de haber encontrado en la obra de Mr. de Bonald una confirmación de los principios literarios y religiosos que hemos proclamado en el *Genio del Cristianismo*. Algunas veces avanza todavía mas que nosotros mismos, pues ciertamente no nos reconocemos con autoridad para atrevernos á afirmar como él: *que hoy es preciso tomar las mayores precauciones para no caer en ridículo al hablar de mitología*. Creemos que un ingenio fecundo puede sacar aun muchos tesoros de esa mina; mas también pensamos, y tal vez seremos los primeros que lo hemos dicho, que hay mas recursos para la poesía dramática en la religión cristiana que en la de los antiguos; que las innumerables maravillas que necesariamente resultan para el poeta de la lucha de las pasiones y de una religión casta é inflexible, pueden recompensar ampliamente la pérdida de las bellezas mitológicas. Aun cuando no hubiéramos conseguido mas que hacer nacer una duda acerca de esa importante cuestión literaria, decidida en favor de la Fábula por las mas grandes autoridades ¿no podría decirse que hemos alcanzado casi una especie de victoria (1)?

(1) La misma madama Staël, en el prefacio de una novela, se digna hacernos alguna concesión, y convenir en que las ideas religiosas son favorables al desarrollo del genio; sin embargo, esa señora parece haber escrito su libro para combatir esas mismas ideas, y demostrar que nada hay mas árido que el cristianismo ni mas tierno que la filosofía. ¿Lo ha conseguido? Al público es á quien le toca decidir; mas por lo menos ha dado nuevas pruebas de una inteligencia distinguida y

Mr. de Bonald clama también contra esos espíritus tímidos que, por respeto á la religión, la dejarían voluntariamente perecer. Sobre este particular se expresa casi en los mismos términos que nosotros.

«Cuando desde un extremo al otro de Europa se desconocen esas verdades necesarias al orden social... ¿habrá necesidad de justificarse ante espíritus tímidos y almas timoratas, por haberse atrevido á levantar un pliegue del velo que ocultaba esas verdades á las miradas poco atentas? ¿Habrá cristianos de fe tan débil que teman que esas verdades serán menos respetadas á proporción que serán mas conocidas?»

En medio de esas sangrientas críticas que nos han asaltado desde nuestros primeros pasos en la literatura, confesaremos que es muy lisonjero y consolador ver hoy nuestro débil trabajo aprobado por un hombre como Mr. de Bonald. Sin embargo, nos tomaremos la libertad de decirle que en la ingeniosa comparación que hace de su obra con la nuestra, acredita que sabe usar mejor que nosotros las armas de la imaginación, y que si no las emplea mas amenudo, es porque se desdena de hacerlo. El es, por mas que diga, el sabio arquitecto del templo, del cual no somos mas que un hábil decorador.

Mucho es de sentir que Mr. de Bonald no haya tenido el tiempo ni la fortuna necesaria para reunir en un solo tomo su *Teoría del poder*, el *Divorcio*, la *Legislación primitiva*, y sus diversos *Tratados de política*. Pero la Providencia, que dispone de nosotros, ha marcado otros deberes á Mr. de Bonald: ha pedido á su corazón el sacrificio de su talento. Ese hombre raro y modesto, está consagrando sus momentos á una familia desgraciada, y las atenciones paternales le hacen olvidar las exigencias de la gloria. A él se podrá aplicar el elogio que la Escritura hace de los patriarcas: *Homines divites in virtute, pulchritudinis studium habentes; pacificantes in domibus suis.*

El talento de Mr. de Bonald nos parece aun mas profundo que alto; profundiza mas que lo que se levanta. Su espíritu nos parece penetrante y sólido á un mismo tiempo; su imaginación no va siempre como las imaginaciones eminentemente poéticas, arrebatada por un sentimiento vivo ó una gran imagen; es espiritual, es ingeniosa, y de aquí proviene que en ella haya mas calma que movimiento y mas luz que calor. Los sentimientos de Mr. de Bonald, respiran en su totalidad ese honor francés, esa probidad que constituyen el carácter dominante de los escritores del tiempo de Luis XIV. Compréndese que esos escritores llegaron á descubrir la verdad, no tanto por la fuerza de su espíritu, como por la rectitud de su corazón.

Son tan raras las veces en que hay ocasión de presentar al público hombres y libros de este género, que por lo tanto debe perdonársenos la longitud de este extracto. Al irse extinguiendo por grados las claridades que brillan todavía en nuestro horizonte literario, natural es que las miras se fijen con placer en una nueva luz que empieza á aparecer. Todos esos hombres gloriosamente envejecidos en la profesión de las letras; todos esos escritores conocidos desde hace mucho tiempo á quienes nosotros sucederemos, pero no reemplazaremos, han visto días mas afortunados, pues vivieron con Buffon, con Montesquieu y con Voltaire; Voltaire habia conocido á Boileau; Boileau habia visto morir al anciano Corneille, y Corneille, siendo aun joven, oyó tal vez los postreros acentos de Malherbe. Esa magnífica cadena del genio francés ha venido á romperse; la revolución ha abierto un abismo que separa para siempre lo pasado y el porvenir.

de una imaginación brillante, y por mas que intenta hacer prevalecer opiniones que hielan el corazón, en toda su obra campea esa bondad que los sistemas filosóficos no han podido alterar, y esa generosidad que nunca ha sido reclamada en vano por quien la haya necesitado.

No se ha formado una generación media entre los escritores que acaban y los escritores que principian. Solo un hombre tiene todavía en sus manos el encadenamiento de la antigua tradición, y permanece de pie en ese intervalo desierto. No será difícil conocer á quien la amistad, sin atreverse á revelar el nombre, designa con estas palabras, y á quien el autor célebre, oráculo del gusto y de la crítica, ha designado por sucesor. Sin embargo, si los escritores de la nueva época, dispersados por la tormenta, no han podido para instruirse aprovechar las autoridades de otro tiempo, sino han tenido otro recurso que su propio ingenio ¿no podrá también decirse que la soledad y el infortunio son famosas escuelas? Compañeros de unas mismas contrariedades, amigos antes que autores, ¿qué nunca vean surgir entre ellos esas abominables envidias que con demasiada frecuencia han deshonrado la noble y consoladora profesión de las letras! Mucho valor y mucha unión necesitan todavía; las le-

tras conservaron durante largo tiempo el estrechamiento que les comunicó la tempestad. Las letras produjeron la revolución, y serán el último asilo de las animosidades revolucionarias. No basta medio siglo para calmar tantas vanidades comprometidas, tantos amores propios lastimados. ¿Quién podrá, pues, prometerse ver días mas serenos para las musas? La vida es demasiado corta, y se parece á las carreras de los juegos funerales en los tiempos heróicos, un breve espacio, limitado por un sepulcro.

Ἐκκελεύγομαι ἀπορῶσαν, etc.

«Por este lado, dijo Nestor á Antíloco, se mantiene en pie el desnudo tronco de una encina: dos piedras lo sustentan en medio de un angosto sendero: es una antigua tumba y el límite señalado á vuestra carrera.»

## SOBRE LA PRIMAVERA DE UN PROSCRIPTO.

POEMA POR M. J. MICHAUD.

Enero 1803.

Voltaire dijo: «*Cantad vuestros placeres ó suspended el canto.*» ¿No podría decirse con la misma exactitud: «*Cantad vuestras desgracias ó dejad los cantares?*»

Condenado á muerte durante la época del Terror, viéndose obligado á huir por segunda vez después del 18 *Frucción*, fue recibido en las montañas de Jura el autor de la *Primavera de un Proscrito*, por unos corazones hospitalarios, y pudo en el cuadro de la naturaleza encontrar á un mismo tiempo consuelo y pábulo á sus pesares.

Cuando la mano de la Providencia nos aleja del trato de los hombres, nuestros ojos menos distraídos se fijan en el espectáculo de la creación, y descubren maravillas que tal vez ni siquiera habíamos sospechado. Desde el fondo de la soledad se contemplan las tempestades del mundo, á la manera que el hombre arrojado á una isla desierta, se complace en mirar con secreta melancolía las olas que se estrellan sobre la costa en que naufragó. Después de la pérdida de nuestros amigos, el corazón, si no ha sucumbido al dolor, se concentra en sí mismo, y forma el propósito de no dar cabida á ningún otro afecto, y vivir únicamente de recuerdos. Semejante situación nos hace muy poco aptos para la sociedad; pero al mismo tiempo nos hace mucho mas sensibles. Penetre en la profundidad de los bosques el que se halle abrumado de penas; ande errante bajo su móvil bóveda; trepe á la cima desde donde se descubre un inmenso paisaje, ó el sol levantándose sobre los mares; su dolor no resistirá á semejante espectáculo. No es decir que olvidará lo que ama (pues entonces ¿quién no temería el consuelo?); sino que el recuerdo de sus amigos se confundirá con la calma de los bosques y de los cielos; conservará esa dulzura, y no perderá mas que su amargura inquietud. ¡Felices los que aman la naturaleza! Ella les saldrá al encuentro y les consolará en el día de la adversidad.

Estas reflexiones nos han sido inspiradas por el amable libro que anunciamos. Su autor no es un poeta que busca únicamente la pompa y la perfección del arte; es un desgraciado que se entretiene consigo

mismo, y que pulsa la lira á fin de dar armonía á la expresión de su dolor; un proscrito que dice á su libro como Ovidio á los suyos:

«Libro mio, irás á Roma, irás á Roma sin mí... ¡Ah! ¡No es lícito á tu señor ir contigo! Parte; pero místicamente, como debe hacerlo el libro de un poeta desterrado.»

La obra dividida en tres cantos se abre por una descripción de los primeros hermosos días del año. El autor compara la tranquilidad de los campos con el terror que dominaba entonces en las ciudades, y en versos naturales y fáciles hace la siguiente pintura del labrador que daba asilo á los proscritos:

«Amigo de los desgraciados en esta edad de hierro, llora sus infortunios, alivia su miseria, y les abre las puertas de su cabaña como si fueran sus propios hijos. Los que le deben su felicidad, encuentran bajo la discreta sombra del bosque que ha plantado, asilo en que librarse de la persecución de sus crueles enemigos. Allí oculta el pálido fugitivo sus temores, y lejos de las facciones y del tumulto de las armas, lamenta en paz los males que pesan sobre la agitada patria.»

Su religión perseguida en las ciudades encuentra también á su vez asilo en los bosques, aunque en ellos ha perdido ya sus altares y templos. Describe el poeta esas religiosas escenas del modo siguiente:

«Alguna vez en medio del profundo silencio de la noche, vienen los habitantes de la cabaña reunidos por un santo celo á ofrecer al Dios, cuya paternal bondad está siempre hondamente grabada en su memoria y en su afecto, los votos de la inocencia y flores de la primavera en vez de incienso. El eco repite en los bosques los tímidos acentos de su fervorosa oración.»

«Mas ¡Ah! ¿Qué se ha hecho la antigua iglesia, la cruz de piedra, la torre que se elevaba hacia el cielo, la campana, cuyo vibrante sonido reemplazaba la extinguida voz de las amadas prendas que dormían en eterno silencio; el santo de la aldea, cuyo piadoso brillo y rústica imagen realizaba la luz al pasar por el gótico roseton de vidrios de color? ¿Qué se ha hecho aquel sagrado recinto donde se proclamaba el perdón de las ofensas y el amor á nuestros enemigos? ¿Por